

Prólogo: El clima de la luz

Vicente Aupí

Hacen bien Jorge Olcina y Enrique Moltó, editores de este libro, en usar el plural para su título. La atmósfera tiene por costumbre ignorar las fronteras administrativas, por lo que en un territorio tan variopinto como el valenciano resulta especialmente acertado hablar de tiempos y de climas, que son muchos. Diría, además, que las singularidades de estas tierras valencianas sintetizan a la perfección la certeza de que España no tiene un clima específico, sino multitud de ellos. La personalidad climática de un lugar es fruto de la interacción entre la atmósfera y el territorio, de ahí que no resulte difícil entender que la diversidad geográfica de la península Ibérica presupone contrastes extraordinarios que se dan a distancias de tan solo unas decenas de kilómetros. El relieve y la proximidad de nuestras montañas al mar son las claves que clarifican la existencia de esos climas tan cercanos y diferentes a la vez, que en el día a día se materializan en tiempos opuestos entre unas comarcas y otras. Eso explica por qué el régimen térmico invernal es tan suave en invierno junto al litoral y más extremado en los valles y zonas montañosas del interior, donde la continentalidad favorece noches heladoras en el trimestre de diciembre a febrero y mediodías muy calurosos en julio y agosto. Pero la originalidad de nuestros

tiempos y climas va mucho más allá y se concreta en que convivan regímenes pluviométricos anuales muy escasos, claramente por debajo de los 250 milímetros (equivalentes a litros por metro cuadrado), con otros que se aproximan a los 1000, similares en este caso a los de muchas zonas de la denominada España húmeda.

El interés por la meteorología y el clima genera actualmente uno de los mayores volúmenes de información en la prensa, la radio, la televisión y las redes sociales. Previsiblemente, esa demanda popular continuará creciendo en los próximos años, hasta el punto de que no es descartable que la sociedad acabe exigiendo más de lo que puede recibir; quizá, de hecho, ya lo haga. Con las nuevas tecnologías se ha favorecido la falsa creencia de que actualmente podemos saberlo todo acerca del tiempo, como si fuese factible hacer predicciones exactas de lo que acontecerá en un lugar determinado en un plazo de varias semanas. Algunas aplicaciones informáticas, que bien utilizadas constituyen un buen recurso, pueden llevarnos a conclusiones erróneas a este respecto, algo fácil de comprobar todos los días en muchas redes sociales, en las que es frecuente ver comentarios y análisis muy alejados de la realidad científica. En ese contexto de artificialidad los libros son la mejor

baza: nos guían con el necesario criterio científico y ejercen un efecto moderador y selectivo ante ese exceso de información que nos confunde, ilustrándonos sobre la realidad climática que vivimos. Un libro es siempre la mejor herramienta de consulta. Por todo ello, no puedo sino felicitar al magnífico grupo de especialistas que sabiamente aportan las mejores fuentes de conocimiento de las que podemos disfrutar en *Climas y tiempos del País Valenciano*, una obra muy oportuna para contextualizar y ponernos al día acerca de la gran complejidad atmosférica y climática de nuestras comarcas. Quizá mucha gente lo desconozca, pero ellas fueron protagonistas de primer orden en el proceso de modernización de la meteorología española, que hasta los años 80 del siglo XX sufría importantes carencias, pero en la actualidad nada tiene que envidiar a los servicios meteorológicos de algunos países europeos, considerados un referente internacional. En ese cambio tuvieron mucho que ver algunos de los sucesos que se analizan en estas mismas páginas, como los temporales de lluvias e inundaciones catastróficas de las décadas antes mencionadas, que hicieron comprender a las autoridades de la época que nuestra sociedad no podía vivir a merced de dichas carencias, por lo que se gestó una de las mayores transformaciones de la historia de nuestra meteorología. La dotó de los necesarios medios técnicos y de personal cualificado para atender tanto la demanda de información como conceptos desconocidos hasta entonces, como el de la vigilancia atmosférica, fundamental para la seguridad de nuestras vidas, algo especialmente notorio aquí, en los climas de las comarcas valencianas, aparentemente

impregnados de la dulzura que ha hecho famoso al Mediterráneo, pero cargados de la furia otoñal cuando el viento rola a levante y se producen temporales de lluvia torrencial.

Precisamente, quienes escriben en este libro no solo conocen muy bien los tiempos y climas valencianos, sino también ese proceso de transformación de nuestra meteorología. En mi caso, asistí a él como profesional del periodismo, lo que me hizo vivir en persona algunos de esos grandes acontecimientos a los que me refiero. En octubre de 1982, las inundaciones en Alicante y en la ribera del Júcar supusieron un momento determinante de nuestra historia reciente, tanto por su impacto social directo, al causar víctimas mortales y cuantiosos daños materiales, como por los aspectos que nos ocupan en este volumen, vinculados a su estudio meteorológico y climatológico. Tras aquel episodio, en las dos últimas décadas del siglo XX otros temporales extraordinarios despertaron una gran atención social y mediática hacia el comportamiento de la atmósfera en las comunidades mediterráneas, de forma que prácticamente todos los otoños alguna de sus comarcas se convertía en noticia. La recurrencia de episodios extremos, uno de nuestros patrones climáticos, derivó hacia una concepción apocalíptica de la gota fría, aquella expresión nacida en el mundo meteorológico que terminó distorsionándose de manera errónea como sinónimo de inundaciones. Pero mientras algunos titulares sensacionalistas alimentaban la confusión, la meteorología hizo bien su labor y logró una capacidad de predicción de los temporales de lluvias intensas que era inimaginable pocos años antes. Recuerdo perfectamente, por

ejemplo, la anticipación con la que desde el centro territorial del entonces llamado Instituto Nacional de Meteorología (INM), antecesor de la actual AEMET, se advirtió varios días antes la llegada del gran temporal de octubre de 2000. Recordando todas esas vivencias debo reconocer que una de mis mayores satisfacciones en este tiempo reside en que, ejerciendo como periodista, haya podido compartir toda la información y la experiencia con muchos de los meteorólogos que han trabajado en la predicción y vigilancia de estos fenómenos, entre ellos Víctor Alcover, Rafael Armengot, Jorge Tamayo y José Ángel Núñez. Estos dos últimos, además, hacen una gran aportación a los contenidos de este libro.

Nadie duda del papel decisivo de los organismos oficiales con competencias en meteorología, pero otro de los cambios trascendentes que se ha producido en España durante los últimos años concierne a ese interés popular y a la demanda social de información. No podemos entender de otra manera que en el último decenio hayan nacido numerosas asociaciones y colectivos de aficionados cuyas observaciones directas sobre el estado de la atmósfera conforman en este momento un extraordinario recurso, un tesoro de incalculable valor que complementa las actividades de la meteorología profesional. Por si fuera poco, entre esa multitud de organizaciones de aficionados, las autóctonas sobresalen por mérito propio, como ocurre con la Asociación Valenciana de Meteorología (AVAMET) y con la Asociación Meteorológica del Sureste (AMETSE), en la que los entusiastas alicantinos comparten con los de otras comunidades cercanas su pasión por la observación del tiempo. No puede considerarse una casualidad que estos

grupos figuren en el panorama estatal como dos de los más activos y que mayor número de aficionados aglutinan. Amén del mérito de su desinteresada labor, dicha circunstancia está claramente relacionada con la personalidad climática de las comarcas valencianas, con esa complejidad atmosférica que se resume en el hecho de que en el País Valenciano, que conocemos administrativamente como Comunidad Valenciana, encontremos contrastes tan extraordinarios en nuestro territorio como los que acreditan estaciones meteorológicas con largas series de observación.

Habitamos un territorio donde se han observado temperaturas mínimas de -24°C (Villena) y máximas de 47°C (Orihuela), y en el que hay lugares en los que la lluvia anual no llega a los 250 mm (laguna de la Mata) y otros en los que se coquetea con los 800-1000 (San Joan de Penyagolosa o Tormos). También ostentamos algunos de los récords de la meteorología española, como el máximo de precipitación en 24 horas, que corresponde a los 817 mm registrados en Oliva el 3 de noviembre de 1987. Un dato que es a la vez récord oficial y efeméride legendaria, ya que resulta difícil concebir que en un solo día pueda caer toda la lluvia que se recoge a lo largo de un año en muchos sitios de España. Tal diversidad evoca uno de los fundamentos climáticos de nuestro entorno valenciano, y el aliciente de estudiar los fenómenos atmosféricos mueve a miles de valencianos a observar el tiempo cada día con su propia estación meteorológica, cuyos datos comparten de forma altruista en Internet y los medios de comunicación, lo que a su vez contribuye a aumentar los conocimientos de la población. Sin duda, lo que hacen es una de las grandes

contribuciones para que la ciencia esté al alcance de todos los ciudadanos.

En los tiempos actuales, en los que la actividad humana ha alcanzado un dramático impacto sobre la naturaleza, un libro acerca del clima como este no debe circunscribirse únicamente a esbozar datos de referencia sobre temperatura, precipitación, viento y otros parámetros. Además de ello, resulta especialmente valioso su análisis y el tratamiento de los riesgos climáticos, ya que el País Valenciano ha sido especialmente propenso en las últimas décadas (y lo continúa siendo) a frecuentes episodios en los que el peligro real y los daños sufridos han tenido como causa no solo fenómenos atmosféricos extremos, sino también una mayor exposición a los mismos por una mala planificación de los asentamientos humanos. La expansión urbanística incontrolada, que se inició en las últimas décadas del siglo XX y ha continuado en las dos primeras del actual, está claramente en el origen de algunos de esos episodios. Además de evitar indeseables cambios en el clima global, una buena gestión del territorio a pequeña escala es determinante para evitar riesgos en situaciones de lluvias torrenciales y temperaturas extremas, y es más que evidente que esa es una de las asignaturas pendientes en tierras valencianas.

A propósito de todo ello, he sido testigo de la cara de incredulidad con la que han reaccionado personas de países lejanos al ver con asombro algunos de los violentos temporales de lluvia

que muchos otoños se producen aquí. Algunos de esos ciudadanos, nacidos en zonas de Europa con cielos mucho más nubosos y un régimen de precipitaciones más abundante y constante, decidieron quedarse a vivir entre nosotros atraídos por las casi 3000 horas de sol al año que se disfrutaban en algunos lugares de la costa valenciana. Pero no imaginaban que entre septiembre y noviembre casi todos los años llueve con gran intensidad en alguna de nuestras comarcas, en lo que el profesor Jorge Olcina bien llamó en su día el pequeño «monzón» mediterráneo. Cuando esto ocurre, la idílica y resplandeciente imagen de esta tierra parece tornarse sombría, pero hasta esos claros oscuros alimentan la aureola del clima valenciano, de sus singularidades climáticas, realmente, puesto que, como decíamos al principio, es más lógico pensar en plural. No obstante, si alguien me pidiera que lo haga en singular y que sintetice un rasgo de los estados que nos depara la atmósfera a lo largo del año, diría que el de la Comunidad Valenciana, o del País Valenciano, como se prefiera, es el clima de la luz. Lo pensé hace ya muchos años, cuando unos amigos que nacieron junto al Cantábrico y acabaron viviendo en el Mediterráneo me hablaron de esos días luminosos tan característicos de aquí. A mí, que nací en València, me impresiona la furia del mar en las costas cantábricas, así como su juego de luces y sombras; a ellos, el deslumbrante y casi permanente resplandor del que se disfrutaba la mayor parte del año a orillas del Mare Nostrum.